

Burger, Hermann (2017). *Tractatus Logico-Suicidalis*.
Matarse a uno mismo. Valencia: Editorial Pre-textos, 244 pp.

Paula Román Cañamero

Universidad Complutense de Madrid



El propósito que perseguía el escritor suizo Herman Burger con su *Tractatus logico-suicidalis* si bien era, estrictamente, construir o articular lógicamente una suerte de ciencia sobre la muerte (a la que llama *mortología*, o *totologie* en alemán), tras su lectura podemos concluir que también esconde cierta intención provocativa y crítica para con el estatus que tiene la muerte en la sociedad, más concretamente cuando esta acontece bajo la forma del suicidio. El texto se publicó en alemán en 1988 justo en la cumbre de la vida del autor, ya que el 2 de febrero del año siguiente se quitó la vida. Hasta 2017 no encontramos una traducción al castellano, bajo la edición y traducción de Andreas Lampert para la editorial Pre-textos.

En lo que refiere a la estructura formal del libro, no encontramos una diferenciación por capítulos; ni siquiera por unidades temáticas. Burger, al igual que otros pensadores como Wittgenstein o Cioran –con los que dialoga en toda la obra. Y también con Kafka, Sartre, Camus o Freud– tiene un *modus operandi* aforístico, fragmentado. Es por eso por lo que, a lo largo de los 1.046 epígrafes volcados en las 244 páginas, no vamos a encontrar un nexo aparente, si bien detrás de todos ellos hay un hilo conductor: una reflexión y la puesta en escena de la muerte en su forma más delictiva. Los aforismos quedan precedidos por un prólogo escrito por el autor (que contiene un relato ficticio sobre la muerte del propio Burger) y sucedidos por un epílogo a cargo del traductor donde se detallan algunos datos biográficos del autor.

Burger parte del hecho de que históricamente el suicidio ha sido visto desde el prisma de la cobardía, la excepcionalidad, la marginalidad y la locura. Asimismo, al suicida se le ha tachado de “delincuente vital” porque su elección y las consecuencias prácticas de ella atentan contra la esencia misma de la Naturaleza: la autoconservación. El Suicida es un prófugo de lo *bueno*, y de lo posiblemente apetecible de la vida: un amargado autocompadeciente que, lejos de tener valentía para afrontar la vida, escoge el camino de la cobardía. Así, dice el autor que «como suicidante, uno tiene que soportar los más increíbles reproches cuando anuncia de manera previa su acto: “Eres una persona débil, un cobarde, un criminal, una criatura desnaturalizada”. Por eso, es mejor no anunciar nada» (p. 167, epígrafe 781).

Sin embargo, esta lectura naturalista de la vida (y, por ende, una concepción anti naturalista de la muerte) encuentra una resistencia en el *Tractatus Lógico-Suicidalis* donde se argumentan a favor de una comprensión del suicidio y del suicida *realmente comprensiva*. El objeto del tratado es, según su autor, promover la comprensión hacia el suicida en términos de aquella persona que, lucidamente, ha escogido el lado de la muerte; aquella

persona portadora de una radical valentía *para romper con el mundo*. Berger, en palabras de Cioran, llega a afirmar que, frente a aquellos argumentos a favor de la cobardía del suicida, es más adecuado afirmar –siguiendo la clave de este proyecto comprensor– la cobardía y debilidad de «aquellos que se resignan a las circunstancias desfavorables de la vida.» (p. 115).

El *Tractatus* comienza con la afirmación de que no existe en la Naturaleza algo así como la muerte natural. No hay una ciclicidad en su devenir que invite a pensar en términos aristotélicos de generación, corrupción y degeneración de lo físico; la muerte no es la condición *sine qua non* de la vida porque la vida misma es una ilusión, un teatro: el pensar la posibilidad de una trascendencia a la que accedemos una vez dejamos *este mundo*, es una ilusión de la que debemos despegarnos: «la meta de toda la vida es la muerte, la vida es la muerte vestida de bufón» (p. 30, epígrafe 41).

Para el autor, lo único verdadero es la muerte, y pensar sobre ella es lo que marca los límites de nuestra experiencia en el mundo. Siguiendo a Epicuro, afirma que la muerte propia no constituye una experiencia porque cuando ella acontece nosotros dejamos de ser, y cuando ella está ausente nosotros *somos*. Por eso es por lo que distingue entre una “lógica de la vida” y una “lógica de la muerte”. La primera refiere a los esfuerzos del ser humano por auto conservarse, por perdurar lo máximo posible en el ser-existente; sin embargo, esta pulsión lleva inevitablemente al no-existir pues «La vida es un rodeo en el camino hacia la muerte; toda la vida de las pulsaciones, también la de los instintos de conservación, sirve a la concreción de la muerte» (ídem, epígrafe 42). Somos seres para la muerte, por mucho que queramos autoengañarnos y resistimos al *fatum*; en ese sentido, cita Burger a Cioran quien afirma que «lo que dificulta el salto o la renuncia definitiva, el “soltarse”, el “dejarse ir”, es la condición tributaria de una lógica de la vida que preservamos hasta el último aliento» (p. 28, epígrafe 30).

Otro de los asuntos a los que alude el autor es al hecho de la anatematización del suicida y la toma de acciones para eliminarle del recuerdo de la sociedad. De manera idéntica a la *damnatio memoriae* romana en la Edad Media europea se enterraban fuera de los límites del cementerio a aquellos individuos que no cumplían con el bautismo, que eran ateos y también a aquellos que habían decidido quitarse la vida. De este modo, el suicidio entraba en la categoría de *pecado capital* y conllevaba la supresión de cualquier identidad del suicida, así como la borradura de su historia.

En ese sentido, afirma Burger, la muerte contiene una dimensión privada y otra pública: la privada es aquella que recorreremos solos, sin nadie que nos acompañe, y la pública

es aquella que asalta a nuestros seres queridos bajo el anuncio del fin del mundo. Los seres queridos experimentan una muerte *derivada* del suicidante, en la que se vuelven conscientes de su propia finitud y de lo etérea e ilusoria que es la vida en sí. Cuando un ser querido se quita la vida y nos ofrecen condolencias, dice el autor, lo que realmente están haciendo no es lamentar la muerte sino celebrar que hayamos sobrevivido a ella. Por eso, debemos hablar no de *esperanza de vida* sino de *esperanza de muerte*.

En esa línea de razonamiento, Burger indica que lo que los familiares realmente necesitan no son condolencias de los otros sino una “coartada”, una explicación del por qué y el para qué su ser querido se ha quitado la vida. El acontecimiento de la muerte como tal no les quita el sueño, entienden que es algo ciertamente *natural* aunque consideren una atrocidad el hecho de que haya decidido llevarla a cabo. Lo que realmente preocupa al resto es la causa, el motivo del acontecimiento; y nada más.

Solo a partir del acto consumado se vuelven relevantes los factores desencadenantes. Por eso es tan difícil reconocer la suicidalidad y evitar el suicidio (p. 54, epígrafe 157).

Una vez tienen conocimiento de él, describen al suicida como alguien que *no estaba en su sano juicio*, y se quitan de encima cualquier responsabilidad o culpa. Por eso, «lo cómico y lo trágico del suicida consisten en que ni siquiera se le toma en serio cuando ya es cadáver» (p. 48, epígrafe 128).

Otro de los focos en los que se centra su *mortología* es la psiquiatría y los tratamientos psicofármacos. Si bien la reflexión del autor está ligeramente orientada a un lenguaje filosófico y una metodología de análisis más vivencial, visceral e inmediata, sí remite a cuestiones problemáticas sobre la posición de la depresión y el suicidio dentro de la psiquiatría que continúan vigentes hoy en día.

Burger, en su defensa por la comprensión del suicida, afirma que los antidepresivos a los que se vuelven adictos los pacientes psiquiátricos suponen una muerte a plazos, una muerte pasiva y alargada en el tiempo, que, sin embargo, parece estar aceptada socialmente. Ahora bien, esta manera de abordar el suicidio ajeno es insuficiente porque con ello lo que se consigue es privar al individuo de las herramientas para acometer el suicidio, tornándolo más apetecible e impredecible. Si, por el contrario, le ofrecemos los medios para consagrar su deseo, el suicida cesará en su pensamiento porque estaremos reforzando sus debilidades y haciéndonos responsables, junto a él, del delito. Esa es la clave comprensora que pretende revelarnos el *Tractatus lógico-suicidalis*: para evitar que el suicida se aniquile debemos abrazarle con sus debilidades, tal y como lo haría la muerte.

Ese “comprenderse ante la muerte” pasa por evadir cualquier justificación o relato que aluda a la alegría de vivir y al conjunto de *cosas buenas* que nos han de deparar solo por estar vivos. Esa alegría de vivir es precisamente la que asfixia al individuo depresivo endógeno que, en palabras de Berger, «No se mata cuando está en el fondo del agujero, pues ahí es donde prefiere desaparecer; lo hace cuando, en apariencia, se encuentra mejor. Es entonces cuando evalúa por completo lo trágico de su destino» (p. 90, epígrafe 377).

Si acudimos a la etimología de *mártir* (que viene del griego *μάρτυς, -υρος*) vemos que significa “testigo”, es decir, aquel que muere por defender su fe, dando así testimonio con su muerte de su creencia. Si acoplamos la definición al suicida podemos afirmar que este es un mártir del sinsentido, alguien que ha contemplado la realidad de la muerte y la ilusoriedad de la vida, no pudiendo habitar nunca una esfera u otra, quedando siempre entre medias de ambas. En ese sentido, Berger dice que «el suicidio no es nunca una salida, es siempre un abismo, una “razón de fondo” que el candidato opone a todas las demás “razones”» (p. 120, epígrafe 572). El suicida se mueve entre la imposibilidad del vivir (por problemas materiales, existenciales o espirituales) y la imposibilidad del morir (porque es inmoral, porque no es la solución a los problemas o porque generaría dolor a nuestros seres queridos).

Si existen suicidas que no cometen el acto ¿cómo es que se les llama *suicidas*? Berger distingue entre cinco categorías de comportamientos ante la muerte: los que lo entienden como acto de cobardía, los que participan en silencio de su miseria, los que alertan y tratan de disuadir al suicida, los que actúan sin vacilar, y los que afirman el acto porque dicen entender intrínsecamente al suicida (p. 83, epígrafe 329). También distingue entre cuatro tipos de individuos proclives a la muerte: 1) suicidario o aquel que planea su suicidio, 2) suicidente o aquel que fracasa en su intento de matarse, 3) suicidante o aquel que consigue matarse y 4) suicidalista o aquel que fundamenta su acto de manera científica (p. 41, epígrafe 89). Solo al suicidante se le excomulga de la sociedad porque es el único que ha llevado hasta las últimas consecuencias su ser-para-la-muerte.

Finalmente, Berger alude a la responsabilidad filosófica de abordar la muerte. La filosofía ha de enseñarnos a ser propedéuticos, a estar-fuera-de-todo (como diría Cioran) y a abrazar la falta de responsabilidad vital de Camus pues lo que hay es pura contingencia, lo único absoluto es la muerte. La posibilidad del suicidio permite reflexionar sobre si hay una lógica en la vida. Suicidarse es confesar que somos conscientes de la inutilidad del sufrimiento y lo ridículo de esta costumbre que llamamos “vida”. Dicho de otra forma: el suicidio es una vía de escape ante el extrañamiento que sufrimos cuando nuestro

llamamiento es respondido con el *silencio irrazonable del mundo*. Es la condición *sine qua non* de que podamos vivir, aliviar la asfixia de la existencia: *Muero, luego existo*.